

# Sábados de súper acción



Verónica  
Schulman



Sábados de súper acción

Verónica Schulman

VERÓNICA SCHULMAN

**Sábados de súper acción**

PLAZA & JANÉS

*A mi familia,  
a los que me enseñan,  
a los que me acompañan  
y a quienes quiero  
y me quieren.*

## AGOSTO

Nunca una de mis Barbies vivió en concubinato. Primero se casaban y recién ahí, junto a mi prima Dana, les construíamos una enorme mansión del amor, donde ellas vivirían con sus maridos e hijos. A tal fin me vi en la obligación de conseguir un Ken (el novio de Barbie), y debí robarlo. Jugar con ese muñeco era complicadísimo, porque mi mamá conocía bastante bien cuáles eran mis juguetes, y yo no podía exponerme a disfrutar de mi botín frente a sus ojos.

Hasta que me enfermé. Estuve varios días sin ir al colegio, convirtiendo la cama de mi madre, en la que sólo podía dormir cuando me enfermaba, en un parque de diversiones. Todos mis juguetes estaban ahí tirados, excepto el Ken, por supuesto.

Pero, como todos los criminales tenemos nuestro talón de Aquiles, parece ser que un día la fiebre me durmió antes de ocultar el cuerpo del delito. Al despertar, él ya no estaba besándose con mi Barbie, tal como yo los había dejado. Ella estaba sola, tirada a mi lado.

Mi madre entró en la habitación y me interrogó sobre el muñeco. No pude responder y me largué a llorar desconsoladamente. Era un secreto muy pesado para una niña de ocho años. Entre lágrimas y mocos confesé todo.

Mi mamá me abrazó y me dijo que debía devolverlo. Ni más ni menos que devolverlo, exponer mi cara delictiva a la verdadera dueña del Ken.

Ahí descubrí la tortura psicológica, en la que mi madre con el tiempo fue perfeccionándose, y aunque ella olvidó el delito y la consiguiente reprimenda, yo nunca quise volver a jugar con ese muñeco del demonio.

Mientras termino de cortar cebolla, mi prima le grita a su pequeña hija, Clara, que no se meta mi muñeca en la boca.

Clara y yo nos miramos. Ambas hemos descubierto que la boca es un gran medio para relacionarnos con el mundo. Ella, a sus cortos ocho meses, y yo, a mis recientes veintinueve años.

Hoy festejo mi cumple y Dana, mi prima, me preparó la torta. No fue siempre así, pero desde que quedó embarazada algo la atrajo hacia mí y hoy es, junto con Clarita, parte del escueto decorado de mi casa.

Dana es tres años menor que yo, y el haber decidido tener un hijo sola le ha traído más de un inconveniente. Yo he sido partícipe de cada uno de ellos, más partícipe de lo que hubiese deseado.

—Me encanta ese vestido, Moro, ¿de dónde es? —me pregunta mi prima.

Lo compré en Salsipuedes.

Este vestido va a costarme más caro a fin de mes cuando, sin un peso, recuerde los ciento cincuenta que me puse encima. Pero es mi cumple y tengo derecho a regalarme algo.

La cebolla está rehogada y lista para las fugazzetas que pienso preparar en una hora, cuando el resto de mis invita-

dos llegue a casa.

—Dan, ¿te acordás de cuando jugábamos a las Barbies? ¡Las casábamos a los veinte años!

Mi prima dirige su mirada hacia mi estante de juguetes.

—¿Vos seguís jugando? Moro, parecés más chica que yo, y estás re flaca. Yo ya no sé cómo adelgazar...

Mi prima engordó quince kilos con su embarazo y no los ha perdido. El tema es tratado a diario en diferentes conversaciones, en las que le digo que no se angustie, que va a bajarlos, que sólo es cuestión de ir a un nutricionista, y que igual está linda y tiene una beba hermosa. Ahora no quiero hablar de ese tema, no quiero que sus problemas sean mi centro de atención, y ahí el teléfono me salva y voy corriendo a atender.

—¡Deby! ¿Cómo estás? Yo bien... ¿Los chicos?... ¿Y Leo?... Sí, me dijo que ibas a venir para el verano... No, me peleé... Es que no era para mí, era un desastre... Bueno, eso pensaba, y la verdad es que ahora lo extraño un poco, pero no era para mí... Hace más de un mes... Sí, seguro, ya va a llegar... Dale, mandales un beso a él y a los chicos... ¡Pizza que hice yo!... Gracias, Deb... Ahora, con Dana y Clarita... Les mando... Besos.

Mi hermana Débora es médica y vive en Estados Unidos con su marido, Leo, y mis sobrinos, Tatiana y Joaquín. Hace poco más de un año y medio que están allá, y aunque extrañan, sus carreras y economías van en ascenso.

Dana se calmó y juega con su hija y con mis muñecos. Ahora Clarita le chupa la mano a E.T. ¡Cómo lloré con *E.T.*! Prendo el horno y suena el timbre. Las visitas están llegando.

Dos ambientes alfombrados y nueve personas pueden convertir cualquier evento en algo asfixiante e incómodo. Por suerte, mi papá se va a mi cuarto a mirar la tele con su porción de pizza en la mano y la mozzarella chorreando la alfombra.

Yo no le digo nada, para eso está mi madre.

—¡Jorge! ¿No ves que la alfombra ya está destruida? ¿Es necesario que la sigas manchando? Y vos, Moro, ¿no podés sacar esta alfombra? ¿No te dije que trae ácaros?

—Es que esta mozzarella es muy grasosa... ¿Qué marca compraste? Yo pagué en Coto... Marta, ¿cuánto costó la mozzarella?

Mis padres discuten desde que tengo uso de razón. Ambos han intentado ganar el apoyo de sus dos hijas con suerte diversa. Lo cierto es que nunca se separaron y esto generó en mí una enorme tristeza durante la adolescencia cuando todas mis compañeras disfrutaban de los regalos de sus padres, por separado.

Pero que mis padres sigan juntos hasta el día de hoy también ejerció esa enorme presión de constituir mi propia familia, y aunque la presión simbólica no hubiese sido suficiente, ahí está mi madre para hacerla explícita.

Mi papá se lleva a Clarita a ver la tele a mi cuarto con el plato que le di, para evitar una discusión por el precio y la calidad de la mozzarella. Mi mamá se distrae hablando con Roy, olvida el alfombrado y yo, sola, voy hacia la cocina.

Ha sido un día largo. Limpié la casa desde la mañana, hice lo que pude con la alfombra, amasé la pizza con la receta de mi papá y compré la mozzarella más cara de todas y, aun así, ninguno de éstos es mi problema.

Nahuel entra en la cocina y me abraza:

—¿Estás bien? ¿Te llamó el Latin Power?

El "Latin Power" es Santiago, mi ex novio, con quien corté hace dos meses y a quien debí abandonar a la primera semana de conocerlo. Desde el principio supe que él no era para mí, pero dejé que me lo siguiera demostrando por un año y acá estoy, volviendo, con dificultad, a las pistas.

Me quedan de él un par de medias negras y gastadas, unos discos de Tom Waits, la copia pirata de *La guerra de las galaxias IV, V y VI* (porque "las nuevas son malísimas") y la muñequita de *Miss Increíble*. El gato merece un párrafo aparte.

No soy amante de los animales. Me crié en un departamento en Caballito y, a pesar de los reiterados intentos míos y de mi hermana, mis padres nunca nos compraron un perro (con el argumento simplista de que "en un edificio sufren", y sin evaluar nuestro sufrimiento). Peces sí, de esos hubo a montones y murieron de a montones también. Tortuga tuve. La bañaba con agua y jabón en el bidet, hasta que murió también por causas indeterminadas.

Pero gato nunca había tenido, y menos había deseado tenerlo, hasta que Benito se introdujo en mi vida. Santiago creyó que era una forma de evitar que yo le demandase más atención y yo acepté, en silencio, intentando entender a ese ser que se relamía todo el tiempo. Fue lo más cercano a un hijo que tuvimos.

Hace dos meses que intento ubicar a Benito en una nueva casa, o perderlo o que se vaya, pero él, irremediablemente, permanece a mi lado.

—No, no me llamó. Lo último que supe de él es que se fue a filmar al sur con un antropólogo francés, pero podría



haberme llamado, ¿no?... Ayúdame a sacar las cosas de la mesa, así soplo las velitas y despacho a mis viejos.

Nahuel, mi amigo y compañero de trabajo, me acerca vasos, platos, cubiertos. Mientras lavo, Dana viene a poner las velitas en la torta. Grita que apaguen las luces y me empuja hacia el living. Me siento con Clarita a upa, todos cantan y una sola idea acapara mis pensamientos: veintinueve años y nada resuelto. Ni una familia, ni una pareja ni tan siquiera un proyecto con alguien. Veintinueve años... mis Barbies se casaban a los veinte...

Antes de soplar las velitas, mientras controlo que Clarita no las toque y le meto un merengue en la boca, me hago una promesa: éste va a ser el año en que conozca al amor de mi vida.

Recibo los regalos. Dana y mi tío me regalan una polera negra del local donde ella trabaja; Nahuel, un libro: *Saber ver el cine*, de Antonio Costa; Mercedes, *Boquitas pintadas*, de Manuel Puig; Roy me dice que Lola tiene su regalo y que cuando llegue ella me lo dan; y mis padres me dan un teléfono celular Nokia. Finalmente me despido de mi mamá y mi papá. Dana, Clarita y mi tío también se van y me quedo decidiendo con mis amigos a qué fiesta iremos.

—Hay una fiesta en El Callejón, pero es de GDT: gente de teatro.

Mercedes es la única que sabe de un evento, por lo que todos “concluimos” en ir hacia allí. Dudo profundamente que un actor sea mi candidato, pero he tomado una decisión y no puedo cerrar mis puertas a conocer gente nueva. Sin objeciones retoco mi *make-up*, tomo un vaso de cerveza y, en cuanto llega el taxi, parto con el grupo.

La llegada al evento me depara un reencuentro con un ex. Estoy segura de que no es con él con quien debo terminar mi noche, pero como sé que no quiero terminarla sola, me dirijo con paso felino a su encuentro y lo saludo con un beso sutil en la mejilla, pero que debe dar a entender todo lo que realmente estoy pensando. ¿Existe ese tipo de beso? No, pero no importa, estoy segura de que el beso que acabo de dar es así.

Él me saluda con amabilidad y se va con sus amigos a la improvisada pista.

Nahuel me pregunta quién es, le explico brevemente y sigo adelante, introduciéndome en el mercado de carnes. Llega Lola. Ella no pudo venir a mi casa porque tuvo que maquillar a una quinceañera. Me abraza y percibo un alto grado etílico en su saludo.

—¡Feliz cumple, nena! Tomá tu regalo, pero abrílo cuando estés sola, ¿eh?

Le pido a Nahuel que lo guarde en su mochila, porque en mi carterita no entra, y vamos los tres a bailar a la pista.

Mercedes saluda, charla animadamente con gente que conoce y cada vez que termina una conversación se acerca a contarnos con quién hablaba.

—No lo soporto. Desde que está en esa serie de televisión cree que es buen actor. Alguien debería decirle que lo que está haciendo es horrible.

No son actores muy famosos, pero parece que la competencia es feroz. Mercedes se encarga de contarnos en qué comercial trabajó cada uno. Al de la serie de tele ya lo conocemos y ella tiene razón: lo que hace es horrible.

Yo sigo bailando sin quitar la mirada de mi ex. Un chico se me acerca y me ofrece su trago. No me gusta, eso está

claro. Roy me mira reprobando y yo, estratega, reflexiono que si mi ex observa que otros me desean, puede volver a desearme, por lo que acepto el trago y empiezo a conversar.

El chico me cuenta que es actor, que está ensayando una obra: una creación colectiva con la que va a recibirse en el IUNA. Dice que construyó un personaje que repite la palabra "envergadura" en cada diálogo, porque esa palabra le permite demostrar el lugar de represión manifiesta de... Recuerdo una frase de Mercedes sobre los actores: "Si fuesen buenas personas, se dedicarían a otra cosa".

El actor sigue hablando del "yo desafectado", y yo observo que mi ex se acerca. El plan está dando resultado. Me sonrío y se apoya contra la barra. Me disculpo con el actor y voy a buscar lo que me he ganado.

—¿En qué andás, Moro?

Le cuento que es mi cumple y vine a festejar. Él no está prestándome atención. Me convida de su cerveza mientras mira hacia los costados. Hasta que reacciona y me felicita. Me miro en el espejo de la barra. Necesito ver que mi maquillaje y peinado estén en buen estado, y lo están. Y llevo puestos un vestido divino y unas botas tremendas. ¿Por qué no me registra? La respuesta tiene nombre de mujer.

—Te presento a mi novia.

Mi ex tiene novia; la conozco. Es una actriz. Pero esa chica no puede tener más de veintitrés años, y él tiene mi edad. ¿A quién engaño? Esa chica ni siquiera tiene veinte. Estoy realmente *afectada*, porque, bueno, es linda, sí, pero es muy chica para él y salta mucho. Él no puede seguirle el ritmo, ¿qué hace con ella?

Pido un tequila. Lo bebo hasta el fondo e intento ver a alguien conocido para huir de esta feliz pareja de saltimbanquis.

El actor se acerca nuevamente y ahora creo que es el hombre más sensual que vi en mi vida. Me invita otro tequila y lo acepto. Mareada y deprimida, me abrazo a él, que me mira con incomodidad. Yo le explico que mi ex tiene novia, una novia considerablemente menor, pero el actor no se compadece, no se horroriza y me mira con más incomodidad.

Roy llega a mi encuentro, me da un beso en la mejilla y me aconseja irme a casa. Ha sido un día largo y en esta fiesta no va a pasar nada bueno. Al menos para mí, porque Lola ha tenido más suerte y se besa apasionadamente con un sujeto. No la saludo, no quiero interrumpir el maravilloso momento.

Mercedes se enoja, no quiere que me vaya porque odia a toda esa gente y no soporta quedarse sola con ellos. La invito a casa, pero dice que por mi culpa no va a perderse la fiesta. Yo me confundo, Roy me mira *desafectado*, me dice que llegó un tipo que le gusta y que si nos vamos, nos vamos ya, porque si no él, se queda con el tipo.

Llegamos a mi casa y preparo té, un boldo para mí y una manzanilla para Roy. Él saca lo que queda de chocotorta de la heladera y agarra dos cucharitas. Estoy mareada.

—Estoy mareada.

—Contame ya qué te dijo Jirafales.

Existe un ejercicio frecuente que es poner sobrenombre a todos mis novios o ex novios. Jirafales es el que me en-

contré en la fiesta y tiene una novia muy joven, no quiero decir nada más sobre él. Le doy a Roy un pantalón verde y una remera de los Redondos, yo me pongo el shorcito a cuadrillé con el elástico vencido y una remera negra desteñida y encogida y, con el té y la chocotorta, nos vamos a la cama.

—¿Alquilaste alguna peli?

No. No alquilé nada. Esperaba terminar esta noche de otra forma, no con mi amigo gay comiendo chocotorta a mi lado.

En este momento extraño a Santiago, pienso que mi decisión fue precipitada y que, en realidad, él era un buen hombre. Tal vez no era perfecto, era un poco egoísta y pedante, pero creo que a su manera me quería, y eso no es poco.

¿Por qué no me llamó?

Nos ponemos a mirar un comercial sobre una crema antiacné. Muchas parejas de famosos la han probado y parece que funciona. Estoy mareada, pero veo a esas parejas y recuerdo que tengo mucho trabajo por delante. Encontrar el amor de mi vida no parece fácil; por suerte el acné ya no es mi problema, pero hay tanto que resolver...

—Moro, ¿pensaste que nos falta poco para los treinta? Me parece que no nos va a quedar otra que casarnos.

Hay tanto que resolver...

Dana me llamó esta mañana para recordarme que hoy empezamos el gimnasio. Ella se despierta a las siete porque Clara exige a gritos su comida, y mientras alimenta a su hi-

ja, me llama a mí. Entre Dana y mi madre, no necesito un despertador.

Ya estoy preparada para ir: tengo un jogging gris *mélange*, una polera vieja de algodón y las zapatillas Reebok de cuando tenía dieciséis años. No voy a ponerme ropa linda para transpirarla.

Suena el timbre y salgo con mi botella de agua, para no deshidratarme, y una toalla, para absorber la transpiración. Dana se vistió como yo, porque cuando me llamó me preguntó qué iba a ponerme.

—Así nomás. ¿Qué vas a ponerte para ir a un gimnasio?

El gimnasio queda a cinco cuadras de casa. Mientras las camino, me siento observada, pero estamos yendo a hacer deporte, y es normal vestirse así nomás. Al fin entramos, y la recepcionista disimula su risa. Estúpida y anoréxica recepcionista. Estoy vestida para hacer deporte, ¿es tan raro? Nos habla de los pases libres y del salón de musculación, y dice que con pileta nos sale más caro.

Dana y yo vamos a un costado a debatir qué promoción nos conviene. Ella no selecciona porque dice que quiere adelgazar como sea. En fin...

—Queremos el pase libre con pileta incluida y pagamos tres meses juntos, porque si no pagás todo junto no venís, ¿no?

Dana quiere hacer buenas migas con la recepcionista. Yo la miro esperando que comprenda que esa chica no va a ser nunca nuestra amiga. Llegamos para la clase de Ritmix que, según la recepcionista, es bárbara.

Le creemos. Subimos al primer piso y ahí están nuestras compañeras, a las que nadie les avisó que para hacer deporte y transpirar hay que ponerse ropa vieja. Todas están

con sus calzas apretadas y sus culos duros. Ellas también nos miran con desprecio. No entienden mi lógico criterio, y parece que Dana ha dejado de entenderlo. Algo que hace tres horas parecía tan evidente ahora resulta tan dudoso. Grita en mi oído que cómo la hice vestirse así. ¡Sentido común! ¡Por eso la hice vestirse así! ¿Qué les pasa a todas estas mujeres? ¿Acaso no transpiran?

El profesor nos saluda y nos cuenta que la clase es bárbara pero, como no estamos acostumbradas, deberíamos ir a otra más tranquila. Me indigno, llevo a Dana a un costado y le digo que este tipo es un idiota y que nos conviene ir al salón de musculación. Dana no quiere seguir paseando su ropa deportiva por el gimnasio. Prefiere quedarse ahí, aunque sea sin hacer nada.

—Dana, el profesor nos dijo que no nos conviene hacer esta clase, vamos a la cinta y no perdemos el día. No vinimos hasta acá para ver cómo hacen gimnasia los demás.

Ella sabe que tengo razón en esto, aunque me equivoqué en lo del vestuario, así que subimos un piso más. El salón de musculación está lleno de hombres; ellos nos miran con menos desprecio que las chicas de Ritmix. Ubico las cintas y nos subimos las dos. Le digo a Dana que empecemos despacio y vayamos subiendo la velocidad poco a poco.

Dana se cansa y va a la bicicleta, pero yo me quedo, porque la verdad es que vengo muy bien. Me cuesta un poco la respiración, pero debe ser por el cigarrillo.

Frente a la cinta hay una tele, están pasando *El diario de Bridget Jones*. Me encanta esa película. Bueno, no sé si me encanta, pero no puedo dejar de mirarla. Cada vez que la dan me engancho de nuevo.